

Textualidades y visualidades en Bibliotecología

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Textualidades y visualidades o, en su variante, palabras e imágenes es una dualidad informativa que entraña problemas de base en la Bibliotecología: en primer término, expresa de forma particular la diferencia que existe entre ambas expresiones, pero también sus afinidades y continuidades; en segundo término, pone en evidencia, en cuanto al campo bibliotecológico en su conjunto, contradicciones profundas en su desenvolvimiento histórico, así como en su fundamento. Ilustrativamente puede decirse que tal dualidad problemática semeja un iceberg en el que la proporción saliente del nivel del mar está representado en el problema específico de las diferencias y afinidades entre los dos términos, palabra e imagen, mientras que la mayor parte del iceberg que se encuentra sumergida bajo el nivel del mar es la que manifiesta la problemática histórica y del fundamento de la Bibliotecología. Comencemos por dar resolución a esta última problemática sumergiéndonos bajo el nivel del mar.

Todo cambio en su despliegue transformador conlleva por necesidad pérdidas y ganancias; en algunos casos, son más las pérdidas que las ganancias, en otros, es al contrario, más ganancias que pérdidas. El tiempo mismo da razón de una u otra situación, pero lo que puede darle una tonalidad

trágica a las transformaciones generadas por los cambios es que a lo que se ha dejado atrás se le tire por la borda en aras de quedarse sólo con lo que ha salido al paso con el cambio: lo nuevo se erige en dominante, mientras el pasado se desecha; con lo que lo novedoso se levanta sobre evanescentes cimientos.

De alguna forma, esto fue lo que aconteció con la Bibliotecología cuando ocurrió el cambio de su objeto central de estudio. Durante cientos de años, el *saber bibliotecario* giró en torno al *libro*, pero luego ocurrió una oleada producida por el fenómeno informativo, impulsado por la *teoría matemática de la información* creada por el matemático y el ingeniero Shannon y Weaver. La naciente Bibliotecología para estar al día y no verse rezagada, se montó en el tren de las ascendentes ciencias de la información. Había que dejar atrás ese rancio y desgastado pasado para pisar firme en el presente. El libro se convierte sólo en portador de información, mientras que de todo el resto de él se hace abstracción. Así, la ciencia bibliotecológica que comenzó a gestarse con el advenimiento en el siglo XIX de las bibliotecas públicas, encontró en el siglo XX su objeto central justificante y legitimador, la información, pero rompió las amarras con su ancestral pasado y tradición del saber bibliotecario libresco, con lo que incurrió en el olvido.

Parafraseando el famoso tópico del filósofo alemán Martin Heidegger, que teorizaba diciendo que el pensamiento occidental “había caído en el olvido del ser”, descubierto por los antiguos pensadores griegos, lo que significaba un desvío de esa trayectoria originaria y, en entender del propio Heidegger, la más auténtica. Así, de manera semejante, la Bibliotecología cayó en el olvido de su ser, en este caso, por partida doble: en cuanto al fundamento del saber librario acumulado durante siglos y, por otro lado, respecto al ser humano.

Desde las más antiguas y míticas bibliotecas, el saber bibliotecario se fundaba en los materiales escriturarios, cuyo paradigma terminó por ser *el libro*. Además, ese saber guardaba un nexo inalienable con el hombre, no sólo en cuanto al creador de la obra (libro), sino en tanto el hombre en general. De ahí que el libro fuera el vórtice en torno al cual giraba el universo bibliotecario. Por este motivo, el libro adquiría una multidimensionalidad que no se reducía a la breve línea interna de la información; de hecho ésta quedaba inmersa, implícita en las otras dimensiones que constituyen el fenómeno libro. Tales dimensiones van desde su materialidad externa, pasando por el universo textual, el cual se articula discursivamente, hasta recalar en esa recóndita y moviente (por no decir evanescente) dimensión informativa.

De hecho, podría decirse que la información es producto de los rejugos transaccionales que se llevan a cabo entre el texto y el discurso.³⁷ Aún no era concebida la información como esa entidad omnisciente y omnipotente que a semejanza de una inmarcesible deidad rige la vida y los destinos de los hombres y sociedades. Su susurro quedaba acotado

37. Tradicionalmente, texto se asocia a dos propiedades estrechamente vinculadas que lo especifican en relación con el enunciado o el discurso: el texto tiene una estructuración fuerte y es relativamente independiente del contexto. Por eso, algunos autores privilegian esta denominación para los textos literarios, jurídicos, etcétera. Peytard & Moirand oponen texto a documento: por un lado están los textos, semánticamente ricos, sobre todo los literarios, que se supone provocarán emociones; por el otro, los documentos, que tienen una descripción unívoca de los hechos del mundo. Por su parte, Ehlich define como texto los enunciados orales o escritos que se estructuran de manera de perdurar, de ser repetidos dentro de una tradición.

Como prolongación de esta idea de una mayor autonomía del texto respecto del contexto, el término texto fue naturalmente privilegiado por la lingüística *textual (o gramática del texto). Al hablar de *discurso, se articula el enunciado con una situación de enunciación singular; al hablar de texto, se pone el acento en lo que le otorga una unidad, lo que hace de él una totalidad y no una simple sucesión de oraciones. Adam distingue el enunciado ("objeto material, oral o escrito, objeto empírico") y el texto ("objeto abstracto"). (Maingueneau 2008, 98-99).

entre las invisibles mamparas de la textualidad y la discursividad, que se despliegan a través de las páginas de los libros. Como puede deducirse de tal concepción del libro, como centro de gravedad del saber bibliotecario, estaba rodeado integralmente por la presencia humana. El libro como preclaro evento de la esencia humana. De ahí que el saber bibliotecario, y todo lo correspondiente a él, fuera por definición humanístico. *El ser de la bibliotecología es el humanismo*. Pero este ser cayó en el olvido, por lo que la cuestión que se presenta al paso es cómo salir de ese olvido y recuperar ese fundamento humanístico. Para dar resolución a tal problema, viene en nuestro apoyo la Hermenéutica.

Antes de entrar en la explicación de su implementación en esta reflexión, demos unas breves palabras sobre sus antecedentes, que nos darán razón de porqué recurrir a ella. Durante siglos, la Hermenéutica se significó por ser un sosegado instrumental de raigambre Filológica para interpretar pasajes oscuros en textos religiosos, jurídicos y literarios: con lo que así se comprendía su sentido. Pero fue en el entrecruce de los siglos XVIII y XIX que el teólogo alemán Friedrich D. E. Schleiermacher (1999) le dio un giro radical a la Hermenéutica.

Con él, la hermenéutica se universalizó y abrió el camino para conducirla hacia la Filosofía. El teólogo germano amplió la cobertura de la interpretación al considerar que puede ser aplicada a cualquier tipo de discurso escrito u oral. Asimismo, perfiló la dimensión psicológica del texto ya que a partir del entramado formal del discurso se puede comprender el proceso intelectual del autor al escribir el texto. Puede decirse que la interpretación nos permite comprender también al hombre creador que gravita en cada palabra escrita.

Continuando la inercia de transformación de la hermenéutica abierta por Schleiermacher, el estudioso de su

obra, el filósofo Wilhelm Dillthey (2000) es quien hizo de la Hermenéutica el basamento metodológico de las ciencias del espíritu. La “comprensión” es el método propio de las ciencias humanas, en contraposición de la “explicación”, definitorio de las ciencias duras. Lo que comprende el ser humano es lo que el propio humano ha creado y de lo cual ha dejado constancia en sus obras, de las que tratan y nos hablan las ciencias del espíritu, por lo que al ser objetos de interpretación, los humanos se comprenden a sí mismos.

Con Dillthey la Hermenéutica se enfiló claramente hacia la Filosofía, por lo que ya se hace referencia a una Hermenéutica filosófica, la cual es consolidada en su fundamento filosófico por Martin Heidegger (1999). El giro se completa y es absoluto: de ser aún un método en Schleiermacher, con Heidegger se convierte el comprender hermenéutico en una categoría ontológica del hombre (ser-ahí). Es parte del ser del hombre comprender el mundo que le rodea para poder interpretarlo: al comprender el mundo que le rodea, se comprende a sí mismo. Pero será el discípulo de Heidegger quien dará a la hermenéutica filosófica la versión canónica y que por lo mismo la institucionalizo, Hans-Georg Gadamer (1993). Pasando a través de su maestro, Gadamer regresó al punto de partida: los textos; para él, texto es correlativo a interpretación, la cual que se despliega para zanjar los obstáculos que se presentan a la comprensión. Para ello se establece un diálogo con el texto, al cual se le plantean preguntas, con lo que el intérprete busca dar sentido de lo escrito en ausencia del autor. Pero es de aclarar que la comprensión de un texto es un paso intermedio en la comprensión del mundo y de entendimiento con el otro. Cuando surgen obstáculos en la comprensión, recurrimos a la interpretación del texto y, una vez que han sido superados, prescindimos de él para continuar con la comprensión del entorno que nos

rodea. Ahora bien, los textos, como ya se mencionó, no son constructos abstractos que se sostienen en el vacío; requieren de un soporte material que, paradigmáticamente, ha llegado a ser el libro, el cual a su vez forma parte de un espacio, de un contexto, lo que significa estar inmerso íntegramente en el devenir de la historia; la que llena todos los resquicios de la vida del autor y, por ende, del texto mismo. Esto significa que el texto pertenece a un horizonte histórico. El intérprete que se acerca tiempo después al texto (que pueden ser siglos) también lleva a cuestras su contexto histórico. Gadamer explica que la conciencia histórica no radica en saber que hubo una historia que nos precedió, sino en la conciencia de que toda nuestra vida está tejida por la *historia efectual*; es decir, por el efecto concreto, inmediato de la presencia determinativa de la Historia en nuestra vida. Esto implica que el intérprete al acercarse a un texto para comprenderlo implícitamente está llevando a cabo una *fusión de horizontes*. Fusión del horizonte histórico del texto con el horizonte histórico del intérprete, con lo que adquiere plenitud de sentido el texto como producción y diálogo a través del tiempo entre los seres humanos.

Como puede conjeturarse después de este breve recorrido a través de la Hermenéutica moderna, es decir, filosófica, ésta nos brinda elementos para hacer frente al olvido del ser en Bibliotecología: nos ofrece un retorno al libro a partir de su núcleo configurador del texto. Como se desprende de lo que se explicó, el libro es un constructo producido por un ser humano, para seres humanos en un contexto histórico; por tanto, es un objeto rodeado por el fulgor de la tradición. Libro que puede ser interpretado tiempo después por seres humanos permeados por la historicidad de su propio contexto. Esto significa que el texto que contiene el libro se encuentra transido íntegramente por la Historia,

la cual, a su vez, recorre los tejidos del discurso, por lo que la información que discurre entre las palabras del discurso se encuentra signada por la historia, lo que, en otras palabras, significa recorrida por el halo humano. En suma, información que pone en evidencia su historicidad y con ello su humanidad. Estos elementos salen a relucir en el proceso de interpretación de la obra. Ahora bien, si al intérprete lo caracterizamos como el bibliotecólogo y éste concibe la información formando parte de, por ejemplo, un libro como lo hemos venido caracterizando, esto es, como una entidad material compleja integrada por texto y discurso, entonces en su actividad de organización de la información debe comprender su dimensión histórica y humana. Y que con su proceder técnico de gestión de la información contribuye, es intermediario, del dialogo entre el autor y su lector, como también él lo fue con él autor. De esta manera, se recupera el ser olvidado de la Bibliotecología, es decir, humanístico. Humanismo surcado por la historia.

Retomando la cuestión planteada sobre las transformaciones que producen los cambios, ya se explicó lo que se perdió en Bibliotecología y cómo recuperarlo, pero, ¿qué es lo que se ganó cuando se dejó de lado el libro en aras de abrazar a la información como objeto central del conocimiento bibliotecológico? Se ganó un objeto multifacético y de amplio espectro para abarcar otras variedades informativas que ya no se circunscriben a la información bibliográfica, como son la información visual y hasta sonora. Y en ello se deja la puerta abierta para el conocimiento y organización de emergentes manifestaciones informacionales como puede ser la información híbrida de la iconotextualidad, como veremos más adelante. Pero el que se haya ganado mayor cobertura respecto a otras manifestaciones informativas, lo que es de subrayar, abre a la Bibliotecología hacia el futuro,

empero, arrastra una notoria insuficiencia: se decantó hacia la información como objeto central de estudio, pero sigue anclada prioritariamente en la información bibliográfica y ésta, a su vez, queda cercada por la concepción propia de las Ciencias de la información que gravitan en términos de temporalidad privilegiada sobre el presente y en la concreción social. De ahí que la Bibliotecología, al integrarla a la retícula de las Ciencias de la información, haya quedado fijada en una concepción de la información bibliográfica marcada por el presente social, lo que ha redundado en que haya oscilado de las Ciencias humanas a las Ciencias Sociales, con el consabido olvido de su ser.

Bibliotecología, ciencia social cuyo objeto de estudio privilegiado es la información bibliográfica. Tal podría ser la sucinta caracterización de esta ciencia pero, como ya se explicó, esto entraña limitantes y contradicciones a los que es preciso hacer frente para que avance hacia el futuro y pueda constituirse en un campo autónomo de conocimiento. Las imágenes son un constitutivo fundamental en la actualidad de la vida de las sociedades y las personas. El mundo social tiene como factor sustancial en la articulación de sus estructuras y de la vida cotidiana de las personas un importante componente visual. Las imágenes han pasado a ser un factor central en las tendencias informacionales del presente, por lo que ya no pueden ser soslayadas en los procesos cognoscitivos y organizacionales de la sociedad. De ahí que la Bibliotecología ya no pueda mantenerse al margen de esta tendencia. De hecho, si busca constituirse íntegramente como ciencia social y no sólo de manera formal, tiene que buscar profundizar en el conocimiento específico y diferencial de las imágenes. Para que luego se reflexione sobre la información visual y su estatus cognos-

citivo dentro de la bibliotecología, lo que invariablemente conduce a la construcción epistemológica de la imagen como objeto de conocimiento en el campo bibliotecológico (Alfaro 2018). Esta construcción fundamenta a la imagen como objeto integrado en el campo bibliotecológico, en pie de igualdad con los objetos bibliográficos por tradición ya integrados, con lo que la Bibliotecología responderá a los movimientos informacionales de la sociedad y cumplirá con su estatus de ciencia social, lo que por otra parte significa cumplir con su dimensión del estar ubicada, posicionada en un contexto. Así, mientras con su dimensión del “ser” la Bibliotecología cumple con su fundamento humanístico, con el “estar” cubre su fundamento social. Con la respuesta al olvido de su ser y, con ello, su recuperación de su pasado humanístico, así como en el ahondamiento de su estatus de ciencia social, todo ello en relación a las transiciones de sus objetos centrales de estudio, libro-información, se ha buscado clarificar la problemática (volviendo a la metáfora del *iceberg*) que subyace bajo el nivel del mar propio de la Bibliotecología, por lo que ahora es pertinente cubrir la parte exterior, la breve sección de la superficie del *iceberg* bibliotecológico.

El saber bibliotecario centrado en el libro trabajaba con su contenido textual, el cual se articulaba en un discurso estructurado de forma lineal y continua: las palabras se suceden una tras otra secuencialmente para formar frases, por lo que su información se caracteriza por la temporalidad. De una u otra manera tal noción de la temporalidad de la información textual gravita sobre las diversas formas de organización de la información de que dispone la Bibliotecología. Pero con la información visual, de la que son soporte las imágenes, las cosas varían. En una imagen, la información no se dispone secuencial sino simultáneamente.

El discurso visual dispone sus elementos informativos para que sean captados en un solo momento, lo que no significa que todos sean comprendidos instantáneamente, por lo que es una información que se estructura espacialmente. Factor espacial que ante la tradición de una información sustentada temporalmente en Bibliotecología resulta evasiva para ser representada con los esquemas organizacionales de la información establecidos. Aunque es de reconocer que sin que se haya hecho un trabajo global de fundamentación de la imagen como objeto bibliotecológico cognoscitivamente fundamentado, se han hecho esfuerzos y avances para poder organizar la información visual, pero aún falta camino por desbrozar. Probablemente la vía a seguir sea precisamente ahondar en su particularidad, en la especificidad diferencial de la información visual respecto a la información bibliográfica y, en función de esa especificidad propia, levantar la arquitectura de los sistemas de organización de la información de las imágenes. Pero debemos considerar que, a su vez, esto es preámbulo para luego buscar la continuidad entre la información textual y visual. Que ponga en evidencia las naturales correlaciones e interdependencias existentes entre las palabras y las imágenes, como lo ha apuntado Diego Lizarazo:

a) Al ser un elemento central de la cultura, la imagen está en estrecha relación con la palabra, cuando menos en cuatro sentidos:

- Porque ambos son sistemas semánticos y sistemas simbólicos. A través de la lengua como de la icónica se cristalizan y circulan los sentidos simbólicos más acuciantes de la cultura.
- Porque bajo las condiciones adecuadas la imagen puede tener valor referencial (como en las fotografías de identificación personal) o abstracto (como en los esquemas y diagramas) tanto

como la palabra puede adquirir valor icónico (cuando la poesía o la descripción permiten evocar imágenes) o plástico (en tanto las grafías lingüísticas son en sí mismas imágenes).

- Porque la palabra, como ha indicado Barthes, puede servir de *anclaje* para la imagen (señalando el sentido que hemos de identificar en ella), o puede constituirse en su *relevo* (cuando con el discurso lingüístico complementamos la significación icónica).

- Porque nuestra cultura construye su sentido articulando ambos sistemas, más que excluyendo uno u otro.

b) La teoría de la imagen aún no se libera de la teoría del texto como escritura, quizá por el poder metalingüístico de las palabras y de la dificultad de argumentar con imágenes sobre las imágenes —la dificultad de una clara ostensión icónica.

Finalmente, reconozcamos que buena parte de los esfuerzos por desmitificar el carácter natural y transparente de las imágenes (el emblemático esfuerzo semiótico por indicar su codicidad) puede llevar a la idea equivocada de que las imágenes forman un sistema sustancialmente denotativo análogo en todo al sistema lingüístico. Nada resulta más equivocado y destructivo del valor estético de las imágenes que dicha forma de abordar las cosas. La codicidad icónica es *sui generis*, y lo es porque parte de sus reglas de construcción y de fruición no corren por la correspondencia denotativa o ideográfica, sino por el *valor plástico* (Lizarazo 2004,63).

Es de acotar el último dato que indica Lizarazo como otro elemento diferencial entre palabra e imagen; aunque dentro de un factor común a ambas, el valor plástico en la denotación por parte de la imagen, lo que significa que entre palabra e imagen hay una remisión común hacia la realidad, pero existe ese factor diferenciador que le da identidad específica y distinta a la imagen.

Ahora bien, ahondar en la especificidad de la información textual y visual para luego establecer sus vasos comunicantes tiene profundas repercusiones en todos los órdenes para el campo bibliotecológico. Al seguir esta vía, se desemboca, en primera instancia, en tipos de información emergente como, por ejemplo, la *iconotextual*. Cuando se hace referencia a la información emergente ejemplificada con la iconotextualidad, debe aclararse que se está tomando tal información como suma y modelo de la multiformidad informacional que prolifera actualmente, pero principalmente a las múltiples formas de relación, interpretación y fusión entre palabra e imagen, al grado de que puede hablarse de un tipo particular que configura una unidad de ambas expresiones informacionales y comunicativas; información que en tal unidad tiene su identidad propia.³⁸ Por lo que ya no debe estimarse como dos tipos de información que conservando su especificidad y diferencia se llegan a conjuntar bajo ciertas circunstancias. La información iconotextual es un género propio informacional, lo que a nivel operativo implica que la Bibliotecología dé ese paso, en cuanto a la organización de la información, hacia el futuro. Los procedimientos y técnicas de esta ciencia deben enfrentar el reto de hacer frente a esta multiformidad informativa: clasificaciones y catálogos, por ejemplo, de información iconotextual. Pero esto, a su vez, sólo es una fracción de lo que implica a nivel global del campo bibliotecológico el que se pueda llegar a tales formas de organización de ese tipo de información híbrida. En términos especulativos, ello vendría a significar que la

38. "El poema visual aspira a señalar que, aunque aparentemente ambos lenguajes (el verbal y el visual) den cuenta de lo mismo, al crear un iconotexto se crea también una obra integral e integrada en donde no simplemente se repite, sino que se expresa mediante un lenguaje nuevo que no es ni verbal ni visual sino "verbicovisual" (Giovine 2015, 163).

Bibliotecología haya podido integrar su pasado humanístico olvidado con su presente como ciencia social para en el futuro proyectarse como ciencia que conjuga la ciencia humana con la social, a semejanza del iconotexto, en una fusión que forma unidad e identidad propia. Bibliotecología ya no es sólo ciencia humana o ciencia social, sino ciencia humana y ciencia social; en otras palabras, ciencia humanístico-social. Tal deberá ser su seña de identidad, frente a ciencias humanas y sociales. Ciencia de intersecciones. Así recupera y restablece el *continuum* entre pasado-presente-futuro, propio de un campo de conocimiento con identidad propia y consolidada. Esta situación, asimismo, significa que el campo bibliotecológico haya alcanzado su fase de autonomía (Alfaro 2010). Con ello se clarifica la cauda de problemas que arrastra la dualidad de las textualidades y visualidades. Así llegamos a una visión integral del *iceberg* bibliotecológico.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro López, Héctor Guillermo. *Construcción epistemológica de la imagen y la lectura de imagen como objetos de conocimiento en el campo bibliotecológico*. México: IIBI-UNAM, 2018.
- _____. *Estudios epistemológicos de bibliotecología*. México: CUIB-UNAM, 2010.
- Dilthey, Wilhelm. *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*. Madrid: Istmo, 2000.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme, 1993.
- Giovine, María Andrea. *Ver para leer*. México: UNAM, Conaculta, 2015.
- Heidegger, Martín. *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- Lizarazo, Diego. *Iconos, figuraciones, sueños. Hermenéutica de las imágenes*. México: Siglo XXI, 2004.
- Mangueneau, Dominique. *Términos clave del análisis del discurso* (Buenos Aires: nueva visión, 2008).
- Schleiermacher, Friedrich D. E. *Los discursos sobre la hermenéutica*. Pamplona: Universidad de Navarra, 1999.